

BEATRIZ OSÉS

EL CEMENTERIO DE EVERDEN

La desaparición de Madison Kelly

DESTINO

EL CEMENTERIO DE EVERDEN

BEATRIZ OSÉS

La desaparición de Madison Kelly

Ilustraciones de Mónica Armiño

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Beatriz Osés, 2025
© de las ilustraciones de interior y cubierta: Mónica Armiño, 2025

© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: febrero de 2025
ISBN: 978-84-08-29808-3
Depósito legal: B. 899-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque
sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar
este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la
web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de
cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas
o tecnologías de inteligencia artificial.



1

Una fuerza misteriosa me había llevado a Everden esa noche. Una fuerza que provenía de mi pesadilla más aterradora y a la que no me pude resistir. Se trataba del niño de los ojos sin párpados y del inquietante gato negro que no se separaba de él. En mis sueños, ambos fantasmas me esperaban junto al estanque que había fuera del recinto de las tumbas. Fijando sus miradas profundas y oscuras en mí. Sin decir ni hacer nada más que aguardarme. ¿Qué querían? ¿Por qué llamaban con tanta insistencia? ¿Qué pretendían que hiciera? ¿Por qué regresaban una y otra vez a mi mente mientras dormía?

Llegué a las inmediaciones del cementerio sobre las doce de la noche. La niebla de diciembre se iba haciendo cada vez más espesa. Cubría las lápidas más pequeñas, así como la hojarasca de los robles que se extendía sobre

la tierra húmeda. A tres grados bajo cero, caminé hacia el estanque con la certeza de que los encontraría observándome con la misma intensidad que en mi pesadilla. Sobre mi cabeza, las ramas desnudas de los árboles recordaban los dedos de los esqueletos. Apreté con fuerza mi linterna y aparté algunas ramas que quedaban a la altura de mis ojos. Entre los troncos, creí advertir la presencia de un hombre. Una silueta masculina que desprendía un halo de luz. Tragué saliva.

—¿Quién anda ahí? —me atreví a preguntar.

Nadie me contestó. En aquel instante supe que no debía haberme largado de la casa de Dunkel. Se lo había prometido. Nadie tendría que visitar Everden cuando caía la noche. Y eso también me incluía. Nadie. Por más que quisiera entender por qué ejercía ese poder de atracción sobre mí. No debería estar allí.

Me giré una vez más buscando la figura del desconocido. Lo hice moviendo mi linterna con nerviosismo. Intenté descubrirlo entre las ramas que se enredaban con la noche, sobre los nudos de las raíces que sobresalían. ¿Dónde se había metido? Cualquiera habría pensado que yo estaba loco. Y, sin embargo, había ocurrido. No se trataba de una alucinación, sino del propio Everden que despertaba y se rebelaba contra los extraños.

Traté de mantener la calma. Respiré hondo. A pesar

de que la sensación de que alguien me observaba sin ser visto me producía una enorme ansiedad.

Proseguí por el sendero que conducía al estanque. Cada pocos pasos, me detenía y me volvía. Imaginaba que el desconocido me acechaba detrás de algún tronco. A medida que me iba acercando a la orilla del agua, empecé a distinguir unas siluetas blanquecinas flotando a pocos centímetros del suelo. Dos espectros en mitad de la noche: un niño y un gato negro.

Me detuve impresionado. Parecía haber entrado en mi propia pesadilla. Al verme dudar, el crío me hizo un gesto con la mano para que lo acompañara. El gato negro parecía atravesarme con su mirada afilada igual que un cuchillo. Las pupilas de ambos se habían dilatado al máximo. Ninguno de los dos tenía párpados. La piel del rostro del niño resultaba de un blanco enfermizo, con unas ojeras azuladas y los pómulos marcados. Repitió el ademán para que siguiera sus pasos. Apreté los puños y avancé entre los troncos de los robles. No sabía si querían hacerme daño, si me guiaban hacia mi propia muerte o hacia algo incluso peor, una macabra sorpresa que habían ido tejiendo ya en mis pesadillas.

Los dos espectros echaron a andar sobre el agua. Las patas del gato caminaban sobre la superficie del estanque sin mojarse. De la misma forma que los pies del

niño. Me di cuenta de que le faltaba un zapato y de que su pierna izquierda estaba malherida. Llegué hasta el borde del agua y me quedé quieto observando cómo se alejaban lentamente. Al notar mi ausencia, ambos se giraron. Parecían extrañados de que no pudiera caminar como ellos. Así que regresaron hacia mí.

Asustado por su cercanía, retrocedí unos pasos. El niño llegó a rozar mi mano igual que si deseara tomarme de ella. Trató de sonreírme. Pero sus labios dibujaron una mueca desconcertante dejando entrever los huesos de la mandíbula. Un escalofrío me sobresaltó. ¿A dónde querían llevarme? Pensé que lo más sensato era escapar de aquel lugar antes de que resultara demasiado tarde. Sin embargo, algo inexplicable me empujó a seguirlos.

Decidieron bordear el límite del estanque. Caminé detrás de ellos en completo silencio. La linterna temblaba en mi mano. A veces, el gato paraba, giraba el cuello y emitía un maullido que me ponía los pelos de punta. Tal vez lo hiciera para que me apresurase. O para que no me perdiera entre la niebla. O para demostrarme que seguía allí y que le debía obediencia. Como solían exigir todos los gatos. Los acompañé a sabiendas de que algo terrible iba a ocurrir. De ese modo, nos adentramos en el bosque de robles.

Ellos comenzaron a rodear troncos que se me antoja-

ban iguales. La noche, la niebla y aquel laberinto de árboles. Mis pisadas amortiguadas por la alfombra de hojas muertas. Las figuras fantasmales avanzaban. A la izquierda. Luego, a la derecha. Trazaban eses alrededor de los robles. De pronto, ambos se detuvieron y me miraron. No me atreví a caminar. Me temblaban las piernas. Presentí que señalaban algo oscuro y aterrador. El niño se acercó a mí. Me miró con sus ojos negros. A continuación, sonrió melancólico. Me quedé petrificado frente a él. A pesar de que no movió sus labios, oí su voz infantil: «Izan, esto es lo que buscabas».

Algo en mi interior se estremeció. La voz me resultaba familiar. Conocía mi nombre. Trató de tomarme la mano para ayudarme a avanzar. Sus dedos transparentes atravesaron los míos. Me armé de valor y lo seguí. Él se agachó y yo lo imité. Me indicó el cuerpo tendido sobre el manto de hojas. Reprimí un grito de horror. Me aferré al mango de la linterna. El gato dejó escapar un maullido prolongado. Enfoqué al cadáver. Una chica tumbada boca arriba con el cabello suelto y sembrado de pétalos de flores de color malva. Mantenía los ojos abiertos y una expresión de pánico en su rostro. Igual que si se hubiera encontrado con un monstruo en mitad del bosque. Inesperado y sin misericordia. Sabiendo que no había posibilidad de sobrevivir. No para ella.



